

# Isabel Allende: Peregrina de Los Andes

María Rosa Palazón

## I

Hablaré de *Paula*, mezcla de biografía, reportaje, editorial, historia, prosa que temple el grito y trama novelada que rebasa cualquier género. A mi juicio, el mejor texto de Isabel Allende. También hablaré de *Mi país inventado*. El tema será el eterno peregrinaje que coloca en la soledad, y las facetas tanáticas y amorosas del exilio que acaba siendo el lamento de un transterrado. Abordaré, pues, los entramados conceptuales de “nación”, “patria”, “familia” y “exilio”. El recuerdo llega de pronto o lo invoca la rememoración; por lo mismo, se presenta a saltos, por asociación de ideas; al escribir desde la nostalgia sus recuerdos cambiantes y efímeros, Isabel Allende no los organiza cronológicamente, sino como baile circular, bocanada de humo, cinta de Moebius.<sup>1</sup>

Isabel se declara imaginativa, exagerada y mentirosa, pero ambas obras, escrita una al pie del lecho donde su hija agoniza y la otra en los laberintos del duelo, ostentan su vena de historiadora aceptablemente fiel a lo acontecido, pero alejada de las crónicas. Ella lo niega rotundamente. Afirma que *Eva Luna* cuenta las cosas como le gustaría que fueran.<sup>2</sup> He de conceder que, en su evolución, ha sido fiel a su fantasiosa crianza en el espiritismo, inculcada por su abuela para que fuera una “iluminada” que observase espacios llenos de presencias que ayudan a soportar agobios: si en la infancia les tuvo miedo, como adulta las piensa como ideas estupendas.<sup>3</sup> Si “la vida es sueño”,<sup>4</sup> su armario se llena con esqueletos, los padres /

madres míticos o semillas que exorciza en su literatura.

## II

*Familia, nación y patria*. Isabel, personaje literario nacido durante la Segunda Guerra Mundial, es hija de un primo de Salvador Allende; su padre ausente y ostentoso se instaló en el boato y buen tono hasta que huyó, dejando a sus tres hijos en un país extraño. Su madre se casó nuevamente con Ramón Huidobro. Salvador Allende firmó como su testigo,<sup>5</sup> del primer matrimonio de Isabel. Su padrastro Ramón fue embajador en Argentina durante la Unidad Popular.

Ella pertenece al esbelto y último país al cual debe encaramarse sin caer del globo terráqueo;<sup>6</sup> al este, su “topografía dramática”<sup>7</sup> son las rocas y nieves eternas de los Andes. Cuando los volcanes suspiran, tiembla la tierra; en su seno se localizan espíritus que rondan pueblos abandonados, momias sustraídas de sus tumbas y cráneos humanos con cinco mil años de antigüedad. El demonio y el lugar de brumas, con los bellos nombres mapuches del Perepillán y el Petrohué, también presagian que, como la frágil Pompeya, este territorio desaparecerá, al menos en parte, sepultado por piedras incandescentes o por un *tsunami* que lo sumergirá en el mar. Por ahora su sonriente valle central se llena de uvas y manzanas.

Isabel tiene un poco de india, de francesa, y de castellanovasca, herencia de un fornido marinero que desembarcó a fines del siglo XIX para acomodarse entre la aris-

tocracia terrateniente hasta que lo engulleron los tecnócratas y los comerciantes. Bajo la tutela de La Memé y su Tata pasó años inolvidables viajando por el sur. Una fecha imborrable es enero 8 de 1992, cuando escribió “con el alma sofocada de arena”<sup>8</sup> una carta para su Tata moribundo.

Ella contempla imaginariamente la columna vertebral de la cordillera andina que corre desde la Tierra del Fuego hasta el Mar de las Antillas; su rama septentrional son los Andes venezolanos, adonde también aterrizó. Subsuelo rico en oro, plata y platino (en Chile, Chiquicamata es la mina de cobre más rica). Montes nevados, meca de los deportes invernales, cerros que cobijándola le pasaban inadvertidos. Ahora comprende que los peregrinos de antaño veneraran esta milenaria naturaleza, los bosques nativos, los nórdicos paisajes lunares, los fecundos ríos araucanos, los “glaciares azules donde el tiempo se ha trizado”.<sup>9</sup> Después del golpe militar, al exiliarse, los Andes se le llagaron en los ojos: “El avión se elevó a través de

<sup>8</sup> *Paula*, 17.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 51.

<sup>1</sup> *Mi país inventado*, p. 164.

<sup>2</sup> *Paula*, p. 287.

<sup>3</sup> *Mi país inventado*, p. 88.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 87.

<sup>5</sup> *Paula*, 129.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 19.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 51.



Isabel Allende

un colchón de nubes y minutos más tarde cruzaba los picos nevados de la cordillera de los Andes. Esas cimas blancas asomadas entre nubes invernales fueron la última imagen que tuve de mi patria. Volveré, volveré, repetía como una oración”.<sup>10</sup> Espérame abuelo, padre, *pater*, no te dejes llevar por la melancolía. Juntos reharemos la familia, conjuraremos la nostalgia “porque patria y tribu se confunden en mi mente”;<sup>11</sup> tanto, que con su tribu ilustra los vicios y las virtudes de sus compatriotas: “padezco de ese escalofriante chovinismo”.<sup>12</sup>

\*\*\*

Las acepciones etimológicas de “nación” y “nacionalidad” (de *natus*, *nationis*, camada y de *natus*, nacido) se relacionan con el eje semántico de familia y fraternidad: la lógica asociativa y estructurante de la sociedad reconoce a la parentela como núcleo organizativo. Las relaciones cercanas o centrípetas juntan en la reciprocidad: el amor fraternal es complementariedad y amor de entrega, desbordado, espontáneo, caritativo, por los antepasados, por los contemporáneos y por las generaciones futuras. El movimiento hacia un centro parental facilita otro hacia quienes se identifican entre sí con un pedazo de tierra u hogar. Sabiéndose histórica, cada extensa familia nacional reconoce a un padre / madre o referencia en que filiarse y a la cual atribuye proteger el hogar y mantener física y espiritualmente a los hermanos. Por negación simple, el parricidio, simbólico o no, es el asesinato del orden de una familia o hermandad (igual que el padre / madre, la naturaleza, en cuyas entrañas guarda las huellas del pasado, cobija, envuelve, alimenta, y también castiga y amenaza).

III

*Forastera*. Isabel piensa que su propia infancia estuvo agitada por “juegos bruscos”<sup>13</sup> del destino que la avecindaron primero en Bolivia, y luego tres años en Líbano, tan



Glaciar Grey, Chile

diferente de su patria, eterna referencia.<sup>14</sup> En su destino de vagabunda, cada nuevo paisaje la desgarraba: echaba de menos a Chile,<sup>15</sup> el cual, antes de la Unidad Popular, los belgas no ubicaban en el mapa. Luego, ella era una “levente”, una advenediza cuya condición y origen se desconocen. Tiempo después regresó a su tierra para quedar bajo la tutela de sus abuelos, luego se exilió en Venezuela y finalmente se transfirió a los Estados Unidos. La agobia este vaivén agotador, la desadaptación, el despedirse de lugares y personas: “No alcanzaba a echar raíces en un lugar cuando había que hacer la maleta y partir a otro”.<sup>16</sup>

Su rostro está marcado por los caminos<sup>17</sup> de la otredad. Antes de viajar pensaba que las familias eran como la suya, que Chile era el centro del mundo, que la humanidad tenía su aspecto y hablaba castellano. Por tanto al cruzar la frontera sospechó la vastedad de la Tierra y que “nadie, absolutamente nadie sabía cuán especial era mi familia”<sup>18</sup> nacional. Tantos años anduvo que

a su retorno no se avino con el ambiente provinciano de Chile, incluso le pareció que los álamos le engañaban la vista.<sup>19</sup> ¡Hacia tanto que no comía congrio en mantequilla, ni el dominguero chupe de mariscos, ni comida con nombres sospechosos, como locos apanados, queso de cabeza, prieta de sangre, brazo de reina, suspiros de monja, calzones rotos o cola de mono!<sup>20</sup> Su nostalgia no dependía tanto de avecindarse en Chile como de recuperar la seguridad con que se mueve entre las costumbres y la idiosincrasia de sus compatriotas. Confiesa que escuchó de una escritora afroamericana que experimentarse extraña es condición inherente a la escritura: es el intento de comprender las situaciones y conjurar la confusión y las inconformidades. “Esta teoría me quitó un peso de encima: no soy un monstruo, hay otros como yo”.<sup>21</sup>

En suma, para ser capaz de recibir la información y acercarse con extraños, al menos la infancia requiere del peldaño unitivo de las ideologías tradicionales, del *ethos* de compatriotas, de la seguridad de estar entre

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 253.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 27.

<sup>13</sup> *Paula*, p. 61.

<sup>14</sup> *Mi país inventado*, p. 131.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p.132.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 129.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p.51.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 97.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 99.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 125.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 16.

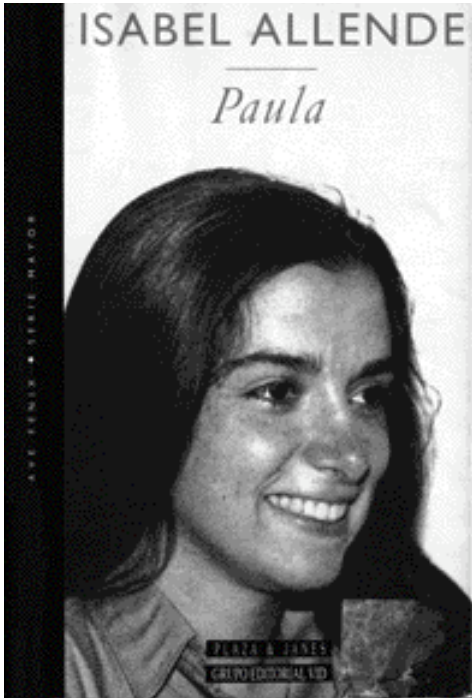
conocidos y en casa. Para disfrutar ser extranjero es menester rebasar la extranjería como una condición ontológica.

IV

*El país legal y el país verdadero.* Los ideales utópicos que fundaron el Estado-nación fueron lanzados al abismo. Isabel Allende ardía en inquietudes justicialistas que manifestó durante la libertad de prensa. En el pasado no todo había sido color de rosa: los chilenos se apropiaron de la Isla de Pascua, esclavizaron a los Rapanui para enviarlos a las guanraneras peruanas y casi los exterminaron (también se adjudicaron la isla Juan Fernández, donde en 1704 fue abandonado Alexander Selkirk, marinero escocés que inspiró *Robinson Crusoe*). Aymaras y quechuas en el norte y mapuches en el sur han luchado por mantenerse en un universo cultural, pero se les impide su supervivencia. Se exterminaron los indios fueguinos. La pobreza es otro estigma nacional: hay un tenaz parecido entre los pobres chilenos, porque los mismos que en invierno escarban en las minas norteñas, en verano cosechan frutas en el valle central; la “gente bien”, opuesta a esta “gente mal”, ostenta mansiones con numerosos guardias, maltrata a la servidumbre peruana, y es racista en sus elecciones, gustos y en su política de inmigración: importó alemanes de la Selva Negra para mejorar la raza; éstos dejaron algún individuo ojiazul, las salchichas, el *strudel*, el paso de ganso militar y a los mapuches sin tierra. Los afectos por Chile como país real, el de la hermandad y la unión, son opacados por el Estado capitalista legalmente establecido por una democracia que no sirve cuando se pone democrática, en palabras de un senador de derecha.

V

*La sociabilidad, la comunidad y la insociabilidad.* Destapemos la caja de Pandora. Redactaré a ritmo frenético estas sugerencias sobre el espíritu comunitario y los horrores del dominio. Neruda no acepta la presidencia; se va a la embajada en París. Dos años después recibe el Nobel, lo dedica a



los chilenos “porque mi poesía es propiedad de mi patria”.<sup>22</sup> En 1970 cada “tercio” votó por su candidato: la derecha por Jorge Alessandri; la democracia cristiana por Rodomiro Tomic; por Salvador Allende Gossens sufragó una coalición de socialistas, comunistas, clase media, cristianos radicales y millones de pobres. Gana la Unidad Popular, aunque no tiene mayoría en el Parlamento. Allende se compromete a respetar las garantías constitucionales. Se inicia la “vía chilena al socialismo”.<sup>23</sup> se nacionaliza el cobre, el hierro, los nitratos y el carbón, algunas empresas privadas y bancos, y se expande la reforma agraria. Se desarmen monopolios. Se respetan derechos y libertades humanas. La prensa no es censurada. Renacen las artes y el folclore. Actúan los movimientos de alfabetización; se editan libros a precio de periódicos. Quienes han dado la delantera a la parte buena del alma se ilusionan. En las elecciones parlamentarias de 1973, la Unidad Popular aumenta el porcentaje de diputados. Nace la expectativa de un golpe militar: sorpresiva entre ciudadanos que se piensan “los suizos del Continente”, no “una república bananera”.<sup>24</sup> “¡No puede ser, se alzarán los milicos!”.<sup>25</sup>

<sup>22</sup> *Paula*, 185.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 171.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 207.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 218.

Aflora el monstruo oscuro del alma. Desde la campaña de Allende interviene la embajada de los Estados Unidos por orden de Nixon. Henry Kissinger afirma que no permitirán el comunismo en Chile. Se cortan los créditos internacionales. Hay sabotajes. Los patrones queman cosechas, los ríos se llenan con sangre de reses y cerdos sacrificados; el resto del ganado se traslada a la Argentina. Frente al desabasto, las mujeres “caceroleras” tiran maíz y plumas de gallina a las fuerzas armadas, incitándolas al sabotaje. Se desatan rumores: la expropiación del dinero bancario; el cierre de las fronteras, y el Plan Zeta o lista negra de mártires que fusilaría la Unidad Popular a sugerencias soviética y cubana. Huelgas (cincuenta dólares diarios para los camioneros que no trabajen). La máquina propagandística lanza afiches de soldados rusos arrancando a los niños de sus madres. Martes 11, septiembre de 1973, Golpe Militar. Las ilusiones se derrumban.<sup>26</sup> Helicópteros y aviones sobre volando a baja altura bombardean La Moneda. Balas perdidas. El compañero Allende dice adiós por radio. Camiones repletos de presos; las escuelas y los estadios deportivos se habilitan como campos de concentración; los cadáveres flotan en el río Mapocho. El grito se ahoga entre dientes porque la historia se congeló. Por la televisión, la Junta Militar justifica su “pronunciamento”: encontraron depósitos de armamento, alacenas de pollos, descubrieron robos y bacanales. . . Los bandos son órdenes con el escudo y la bandera como telón de fondo.<sup>27</sup> Se manda poner en los techos banderas en señal de victoria. El general Prats es obligado a renunciar; se refugia en Argentina para escribir sus memorias, un año después estalla con su coche. Los Escuadrones de la Muerte argentinos mantienen tráfico de cuerpos con la dictadura chilena. 23 de septiembre de 1973, muere triste el poeta; llevando claveles rojos, el cortejo grita: “Pablo Neruda, presente, ahora y siempre”, mensaje que repite para el desaparecido compañero presidente. Los milicos se ufanan: Salvador Allende se suicidó de vergüenza. Le destruyen las manos

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 128.

<sup>27</sup> *Mi país inventado*, p. 220.

a Víctor Jara: muere el ruiseñor cantando. Ejecuciones sumarias. Torturas con picanas eléctricas. En la Junta Militar está Augusto Pinochet sin lentes oscuros, ni el pecho tapizado de insignias ni el capote prusiano. Luego, con ese traje anacrónico retuvo el bastón de mando por dieciocho años, vivía en su búnker repleto de ametralladoras. Se allanan edificios públicos, universidades y asentamientos campesinos. Hay que circular lento con pañuelo blanco; los pantalones de las mujeres se cortan a tijeretazos; los de melena larga son acusados de homosexuales y los barbudos, de comunistas. Se erigen como palabras tabúes “libertad” y “compañero”. El nuevo lema es “por la razón o por la fuerza”.<sup>28</sup> Aquel mundo comunitario se torna predatorio, como de ratas en cajas demasiado estrechas.<sup>29</sup>

\*\*\*

A lo largo de la historia, se ha manifestado el comunitarismo. Su enemigo ha sido el dominio de los poderosos, su insociabilidad, su maldad inconfesable disfrazada y su uso demagógicamente ofensivo de los rituales patrios.

Milton Friedman y sus *Chicago Boys* no fueron los primeros en predicar el neoliberalismo, pero el Chile de Pinochet fue su primer experimento mundial. Después de someter al país, Augusto Pinochet decretó el fin de las huelgas y de los sindicatos, obligando a que se trabaje con la boca cerrada; devolvió la tierra a sus patronos anteriores y las minas a los norteamericanos; abrió el país al capital extranjero. La competencia despiadada exigía el mayor rendimiento con sueldos mínimos.<sup>30</sup> El capitalismo salvaje lo encabezaron ejecutivos que a la sazón circulaban en motos cromadas, “manejando los destinos de la patria con despiadada frialdad”.<sup>31</sup> Se perdió la seguridad social, las prestaciones; la casta de los millonarios exhibe su riqueza; la pobreza es extrema. Abundaban los despidos y la inseguridad. Se privatizó la salud y la educación. El “capitalismo a ultranza” es corrupto: genera el pragmatismo más

nefasto mientras las poblaciones se hallan en estado catatónico frente a la televisión.<sup>32</sup>

VI

*Exilio.* El país no admitía disidentes. Doce meses Isabel se preguntó si le asistía el derecho a escapar, desarraigar a sus hijos y arrastrar al esposo a un destino incierto. Su hermano Francisco le decía: “Cualquier cosa es mejor que el exilio”, cómo vas a dejar casa, amigos, “tu patria”.<sup>33</sup> La realidad fue inexorable. Los sobrevivientes están lejos entre sí: “Así es el exilio, lanza a la gente a los cuatro vientos y después resulta muy difícil reunir a lo disperso”.<sup>34</sup> Isabel se llevó un puñado de la tierra chilena de su jardín. ¿A dónde ir si una buena parte de América Latina era gobernada por dictaduras militares con el pretexto de combatir el comunismo? Decidió llegar a Venezuela. Como exiliada miraba hacia el pasado “lamiéndose las heridas”,<sup>35</sup> en posición de víctima a quien le robaron media vida. Con un hachazo perecieron sus raíces; tardó seis años en plantarse un poco: le molestaba el bullicio de Caracas, se estrellaba en las paredes de su apartamento de tanto mirar al sur. Obsesionada por regresar a Chile, no hizo ningún esfuerzo por conocer el país generoso

que la acogió. Con *La casa de los espíritus* intentó recobrar su país afectivo, reuniendo a los dispersos y resucitando a los muertos para que sus recuerdos no se esfumaran en un torbellino. Leyó los cantares ceremoniales de Pablo Neruda: unos exilios muerden; otros son de fuego que consume; todos, dolores de patria muerta que suben desde los pies hasta que ahogan al ser humano, que no puede vivir sin su tierra, y cae de bruces en la muerte. Isabel Allende, como Sánchez Vázquez, experimentó el “desgarrrón que no acaba de desgarrarse”,<sup>36</sup> la herida que nunca cicatriza. En sus andanzas, la peregrina sin tregua quedó en vilo entre un fantasmal pasado inexistente y un futuro roto; no disfrutaba el presente. Tanatós miraba burlonamente a Eros porque había parado el reloj en una hora lejana. Desde que cruzó los Andes, Isabel Allende empezó a inventar símbolos unitivos e identidades soñadas que obedecen a primitivas y primordiales relaciones de pertenencia, nunca recuperables enteramente con el pensamiento, aunque generan una profunda identificación y proyectos futuristas. Ricoeur explica con la *Biblia* esta reacción: “Quizá ya no habría más interés por la emancipación” ni la anticiparíamos “si se borrara del género humano la memoria del Éxodo, la memoria de la Resurrección”.<sup>37</sup> **U**

<sup>32</sup> *Mi país inventado*, p. 104.

<sup>33</sup> *Paula*, p. 245.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>35</sup> *Mi país inventado*, p. 197.

<sup>36</sup> *A tiempo y destiempo...*, p. 570.

<sup>37</sup> *Del texto a la acción*, p. 346.



Parque nacional Torres del Paine, Chile

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 61.

<sup>29</sup> *Paula*, p. 240.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 243.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 224.